

Tema 6. La memoria

6.1. Los múltiples significados de “memoria” en Psicología

“Memoria” es uno de los términos referidos a lo psíquico que tienen más significados, tanto en el lenguaje coloquial como en el científico. En el diccionario de la Real Academia Española se registran 14 acepciones. Nos limitaremos aquí a los significados más usados en Psicología.

Ya hemos visto que la imaginación era una especie de “memoria formal”, pues entre sus funciones se encontraba conservar, “almacenar”, las configuraciones percibidas por los sentidos y por el sensorio común, y evocarlas a través de una imagen o representación. No es de esta memoria de la que trataremos aquí, aunque la actividad de la imaginación, memoria formal, esté presupuesta en la de la “memoria intencional”, que es la que nos ocupa.

Tenemos también la “memoria intelectual”. Se trata de la capacidad de almacenar los significados propiamente inteligibles de las cosas y de traerlos de nuevo a la conciencia, como también de recordar que un acto intelectual o volitivo ya se ha hecho anteriormente. Su exposición corresponde al capítulo dedicado a la inteligencia.

Además de esta triple división de la memoria (formal, intencional e intelectual), tenemos la más divulgada en la *psicología cognitiva* de los últimos 40 años (ATKINSON & SHIFFRIN, 1968): a) *memoria sensorial*, b) *memoria a corto plazo* y c) *memoria a largo plazo*.

a) Memoria sensorial: Se refiere a la permanencia de la huella de lo sentido por escasas milésimas de segundo, una vez terminada la presentación del estímulo. Se habla aquí impropiaemente de memoria. La sensación, por ser una operación psíquica que se realiza en la materia, está signada por la temporalidad. Por eso, el acto sensitivo no es instantáneo, aunque lo parezca, sino de brevísima duración. Se suelen señalar como formas de memoria sensorial a la *memoria icónica*, que es la memoria sensorial visual (como un flash de luz, que permanece durante breves décimas de segundo) y la *memoria ecoica*, que es la memoria sensorial auditiva. No es ésta la memoria que nos interesa aquí, pues pertenece más propiamente al primer nivel de procesamiento del dato sensorial.

b) Memoria a corto plazo (también llamada “memoria operativa” o “memoria de trabajo”): Con estas expresiones se designa el conjunto de datos

a que atendemos en un lapso de pocos segundos. Hay estudios (desde Hermann Ebbinghaus hasta el psicólogo cognitivo George Miller) que demuestran que eso a que podemos atender en ese breve lapso de tiempo es un número limitado de elementos: entre 5 y 9. Por eso, Miller hablaba del “número mágico 7 + ó - 2”. Se observó también que cuando los elementos se agrupaban en significados más abarcativos, se podía recordar más, pero siempre reduciéndose en total a siete. Por ejemplo, probablemente nadie pueda retener en pocos segundos estas letras: EUQSTEGANNBUEJVIAE (18 letras), sin embargo, seguramente podrá recordar éstas: QUE TENGAS BUEN VIAJE, que son la misma cantidad de letras, pero ordenadas en sólo cuatro unidades significativas. Esto es posible porque esta memoria de trabajo entra en relación con la llamada “memoria a largo plazo”. El problema con esta teorización, que ha dado lugar a interesantes experimentos, es que muchas veces se mezclan aquí elementos de la memoria formal y de la memoria intencional, junto con procesos como la atención que no son propiamente mnémicos.

c) Memoria a largo plazo: es la que almacena los recuerdos. Se suele dividir en dos clases: La “memoria declarativa” o “explícita” y la “memoria no declarativa” o “implícita”. La primera incluye dos subclases:

- I) La “memoria semántica”: es la del recuerdo de los significados de las cosas y de las palabras. Esta memoria se distingue claramente de la imaginación y de los procesos cognitivos del primer y segundo nivel de elaboración del dato sensorial, aunque en las teorías cognitivas, que no distinguen los significados particulares de los universales, no se distingue tampoco claramente entre “memoria intencional” y “memoria intelectual”.
- II) La “memoria episódica”: es el recuerdo de situaciones y eventos en su ubicación espacial y temporal. Claramente se coloca al nivel de la memoria intencional, que es la que aquí nos ocupa.

La “memoria implícita”, también llamada “memoria procedimental”, no se refiere al almacenamiento y evocación de información, sino que es el conjunto de hábitos o habilidades aprendidas, de tipo motriz, afectivo o cognitivo. Por ello, se trata de una memoria en un sentido muy lato del término, y su

tratamiento corresponde a otros capítulos (especialmente el dedicado a la apetición, el comportamiento y la personalidad).

Nos detendremos aquí, entonces, en la memoria que corresponde al tercer nivel de elaboración de los datos sensoriales: la “memoria intencional” o, simplemente, la *memoria* a secas.

6.2. Naturaleza y funciones de la memoria

Decíamos que la memoria que nos ocupa aquí es la “intencional”, para diferenciarla de la “memoria formal” (imaginación o fantasía), que retiene y evoca las configuraciones captadas por los sentidos y el sensorio común. La memoria intencional, en cambio, retiene y evoca los significados particulares captados por la facultad estimativa. Gracias a esta memoria no sólo conservamos y evocamos las características cualitativas de una cosa anteriormente percibida, sino que también recordamos cuál es su valor vital, recordamos ya haberla sentido en el pasado, y recordamos en qué relación temporal se halla respecto de otros recuerdos.

Diferenciamos también esta memoria de la “memoria intelectual”, pues esta última es la que retiene y evoca los significados propiamente intelectivos, y trataremos de ella más adelante. Para poner un ejemplo, una cosa es recordar que esta persona que veo es mi hijo, y otra muy distinta es recordar la teoría de Euclides, o la teoría hilemórfica de Aristóteles.

La memoria intencional es la que más merece el nombre de memoria, porque en ella aparece la referencia al tiempo. La memoria es capaz de captar la *intentio praeteritorum*, es decir, el “significado” de “pasado” de algo, de un *objeto* y de un *acto* de estimación. Recordar es reconocer algo como pasado. Para entender mejor esto, es útil explicar una a una las funciones de la memoria, como hemos hecho con las otras facultades.

a) Archivo de *intentiones*: La primera función de la memoria es la de almacenar las valoraciones hechas por la estimativa. En esto se observa un paralelismo con la relación entre sensorio común e imaginación. La memoria es a la capacidad de estimación particular, lo que la imaginación es al sensorio común. Esta analogía es la que permite llamar a ambas facultades “memoria”. La memoria está mucho más desarrollada en aquellos animales cuyo acto de captación de los valores vitales está menos determinado por el instinto, es

decir, aquellos capaces de aprender. Éstos, justamente por captar en las cosas relaciones con su naturaleza no predeterminadas explícitamente por el instinto, tienen más necesidad de recordar.

b) Reconocimiento: En segundo lugar, tenemos la función de reconocimiento de los objetos. *Reconocer* los objetos es al menos (y, para el animal bruto, exclusivamente) recordar su valor vital. La madre animal que pierde por un momento de vista a su cría (por ejemplo, el ave que va a buscar alimento para sus pichones), la reconoce al volver, y no la confunde con la de sus semejantes. Recordar es muy fundamentalmente reconocer. La imaginación o memoria formal no sirve para reconocer los valores vitales, sino sólo para reproducir. El reconocimiento del objeto es resultado de la operación de la memoria intencional.

c) Conciencia de las acciones pasadas: Por la memoria no sólo reconocemos valores ya percibidos, sino también, simultáneamente, el hecho de haberlos percibido anteriormente. Pues reconocer no implica sólo que cuando el objeto se presenta sabemos su valor (cosa que eventualmente podría volver a hacer en la mayoría de los casos la estimativa), sino que ese valor ya ha sido captado anteriormente. Éste es uno de los fundamentos (no él único, pero sí de los más importantes) de nuestra conciencia de ser los mismos a lo largo del tiempo. Yo sé que quien hoy está escribiendo este texto, es el mismo que ayer era estudiante universitario, y que anteriormente fue alumno en un colegio, etc. Por la memoria me conozco como permanente en el tiempo y también como situado vitalmente a lo largo de mi vida en relación con el mundo circundante. Esta capacidad viene dada por esta facultad que permite recordar nuestros actos como ya puestos en el pasado. Si nos sentimos como un yo continuo, con una biografía, es en gran parte gracias a la memoria. Y decimos “en gran parte” porque es bien llamativo que en los animales esta capacidad no parece darse, o estar desarrollada en el grado en que se encuentra en el hombre. Los animales no se captan a sí mismos como un “yo”, a pesar de tener en algunos casos una capacidad sorprendente para reconocerse. Hay animales, como algunos simios (chimpancés, bonobos y orangutanes), los delfines, o los elefantes, que incluso han demostrado reconocer la propia figura reflejada en el espejo. Sin embargo, estos animales no son capaces de ver su vida en modo “narrativo”, de recordar y de relatar su

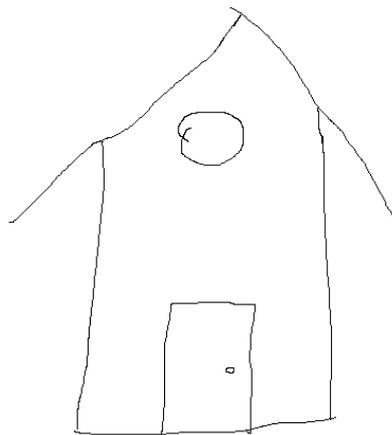
biografía. Esta diferencia entre hombres y animales nos hace pensar que esta capacidad no está dada en el hombre sólo por su memoria intencional, sino también, a nivel más elevado, por la memoria intelectual (Echavarría, 2002).

d) Ubicación temporal de los recuerdos: Esta capacidad de reconocer la situación histórica de nuestros actos conlleva también la capacidad de ubicar en el tiempo los objetos conocidos. Muchas veces la memoria es reducida a esta función, sin comprender que, sin las funciones que venimos de explicar esta ubicación temporal sería imposible. Porque no se trata de una mera localización de lo que viene antes y después cronológicamente, como cuando alguien estudia que la Guerra Civil Española (1936-1939) precedió a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Sin duda, esto se puede hacer, entre otras cosas, gracias a la memoria. Pero lo propio de la memoria es el orden temporal *vivido*. Se recuerda que algo vino antes y otra cosa vino después, porque se tiene el registro de haber vivido primero la una, y después la otra. La memoria es antes que nada el recuerdo de nuestra propia vida. Se recuerda la ubicación temporal de los sucesos teniendo como referencia el orden temporal de nuestra vivencia.

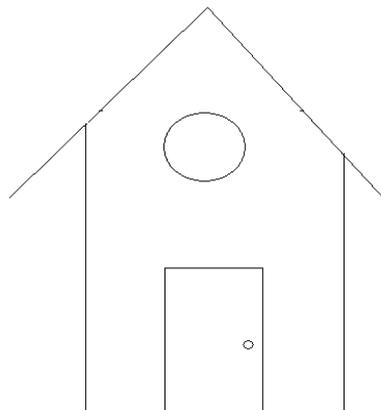
e) Dirección de la imaginación: Hemos visto anteriormente que la estimativa predirige la percepción (cosa que también se puede afirmar de la memoria), ayudando a seleccionar de la multitud de objetos configurados captados por el sensorio común aquellos más significativos para el interés del animal. Algo análogo sucede con la relación entre memoria e imaginación. Ambas están en mutua relación de dependencia:

- l) Por un lado, la memoria depende de la imaginación. La memoria supone no sólo la acción previa de la estimativa o cogitativa, sino también la acción simultánea de la imaginación (en ausencia o presencia del estímulo externo actual). Porque la captación de valores de la estimativa no es abstracta, sino que es una captación del valor de *esto* que está presente a través de la percepción y de la imaginación. La memoria, al recordar, debe actuar conjuntamente con la imaginación, porque recordar es reconocer algo que ha sido previamente (con prioridad de naturaleza, no necesariamente temporal) evocado por la imaginación.

II) Por otro lado, es la imaginación la que es influida por la memoria. Lo retenido por la imaginación no permanecería mucho tiempo si no se lo dotara de significado. Tendemos a conservar mejor las formas significativas que las carentes de significación. Por eso mismo, tendemos a evocar mejor las configuraciones que tienen algún significado, que aquellas que nos resultan caprichosas o indiferentes. Aun más, muchas veces nuestra imagen es una versión simplificada o mejorada de lo que hemos percibido. Si algo era más o menos circular, lo recordaremos probablemente más circular de lo que era. Y esto es así probablemente porque lo circular y lo esférico son para nosotros fuente de mayor utilidad que configuraciones menos perfectas (además de por intervención de la razón matemática). Por ejemplo, si veo este dibujo de una casa:



Tenderé a recordarlo probablemente más o menos así:



Es decir, a las formas irregulares del primer dibujo se preferirán las formas geométricas más reconocibles del segundo. De modo semejante, tendemos a conservar mejor en nuestra memoria las imágenes con significado, que aquellas que carecen de él. Éste es uno de los motivos de la presunta amnesia infantil. Muchos (desde Freud) se han preguntado por qué nuestros primeros recuerdos se remontan, como temprano, a la edad de tres años (algunos incluso nada recuerdan anterior a los cinco). Probablemente esto se deba a que nuestras percepciones infantiles estaban menos estructuradas por la captación de significados. Entre los tres y los seis años, en cambio, el niño empieza a ubicarse mejor en la realidad circundante y es por ello que los recuerdos tienen mejor organización: se debe a que su misma percepción está mejor organizada.

Esto se observa en la evolución del dibujo de la figura humana en los niños. Al comienzo, los niños dibujan sólo una cara, sin cuerpo ni miembros. Evidentemente, con sus sentidos los niños no ven sólo una cara. Pero, al comienzo, es principalmente el rostro lo que les importa, que es la parte de la persona más expresiva de las actitudes interiores¹. Y por eso, su representación de las personas es inicialmente la de sus rostros. Luego, de a poco, a los rostros se les agregan unas líneas pequeñas que representan las piernas y los brazos, saliendo directamente de la cabeza. Sólo más tarde se dibuja el cuerpo, y todavía se tarda más en que la cabeza y el cuerpo tengan las proporciones adecuadas a la realidad.

Otro fenómeno que se observa en los niños es el del recuerdo de detalles que al adulto le pasan desapercibidos o le parecen insignificantes. Esto demuestra que la percepción y el recuerdo del niño están más centrados en lo particular, porque sus capacidades de captación y ordenación racional de la experiencia (en base a conceptos y juicios) están menos desarrolladas. El adulto, por el contrario, suele estar menos atento a los detalles, y recordar un esquema de lo percibido, cuando no directamente su significado racional.

f) Recuperación activa: Un recuerdo puede ser espontáneo o buscado con trabajo. En el ser humano se observa una función de la memoria que no parece darse en los animales, que es lo que la psicología aristotélica llamaba reminiscencia o rememoración (*anámnesis*). Se trata de la recuperación activa de los recuerdos a través de algo semejante (aunque no idéntico) a un

razonamiento. De modo semejante a lo que dijimos al hablar de la cogitativa, los recuerdos se pueden buscar a través de asociaciones: se asocia un recuerdo con otro (y con imágenes) para poder llegar a algo que, inicialmente, se había olvidado. No se trata, de nuevo, de asociaciones necesarias entre conceptos universales, sino de comparaciones contingentes entre recuerdos particulares. La búsqueda del recuerdo se puede hacer bajo la guía de la razón, por lo que este modo de recordar se podría colocar bajo la categoría de “razón particular”, al igual que la actividad comparativa de la cogitativa.

Este procedimiento se puede hacer siguiendo los siguientes criterios:

- I) Orden cronológico: se toma como punto de partida un momento determinado, y desde él se procede hacia lo olvidado. El orden cronológico puede ser *sucesivo* o *inverso*. Como ejemplo del primero, podemos poner el siguiente: he perdido un paraguas y quiero recordar dónde lo he dejado. Entonces, comienzo por recordar todo lo que ha sucedido desde que lo tomé, hasta llegar, conectando recuerdos, al momento en que lo dejé. Un ejemplo del orden inverso sería el siguiente: quiero recordar lo que hice hoy por la mañana. Para ello comienzo por lo último que he hecho esta noche, y de allí paso a recordar lo que hice esta tarde, este mediodía y, finalmente, esta mañana.
- II) Semejanza / oposición: El comienzo del proceso discursivo del recuerdo puede ser algo que se asemeja o que se opone a lo conocido. Por ejemplo: quiero recordar el nombre de Aristóteles, y pienso en Platón, que era filósofo como él, y además, su maestro. Un ejemplo de recuerdo por oposición sería éste: quiero recordar el nombre del Real Madrid o del Español, y pienso en el Barça, que se le opone, para que desde allí se despierte el recuerdo de su opuesto.
- III) Proximidad: Se trata de recordar una cosa que se encuentra cerca de otra. Por ejemplo: quiero recordar dónde queda la casa de un amigo, y pienso en los lugares importantes que están cerca (una plaza, un parque, una parada de metro, un monumento, etc.).

Esta capacidad permite también la elaboración de reglas mnemotécnicas. Estas reglas son el fruto de la aplicación de la razón al uso de la memoria. El uso de cuadros sinópticos y esquemas para estudiar, pertenece

a esta categoría: se trata de conectar visualmente los términos que representan un concepto, de modo que, al recordarlos próximos uno del otro, o al recordar que tienen el mismo color, o que uno venía en el gráfico después del otro, me ayuden después a hilar la respuesta a la pregunta de un examen, por ejemplo.

Los estudios recientes sobre la memoria, confirman la tesis sostenida en la antigüedad sobre su consolidación. Para poder registrar algo firmemente en la memoria es necesario que:

- I) Lo que se quiere recordar esté *ordenado* de un modo que facilite el recuerdo (por ejemplo, siguiendo los criterios antes mencionados).
- II) Que se preste una *atención* suficiente a lo que se quiere retener.
- III) Que lo que se quiere recordar sea algo que despierte *interés*, que sea motivador, es decir, que se lo perciba como algo bueno e importante para uno.
- IV) Que se *repita* su consideración tantas veces como sea necesario.

g) Activación de las emociones: del mismo modo que las valoraciones que les dieron origen, los recuerdos pueden activar las emociones. De hecho, las cosas se recuerdan con su tinte emocional. Sin embargo, la emoción que activan no siempre es la misma que se sintió en el momento de la valoración original. Nosotros podemos recordar momentos tristes, y sentirnos alegres porque ya han pasado. En todo caso, parecería que se trata de dos momentos distintos: en un primer momento, el recuerdo del hecho doloroso, activa una angustia leve; en un segundo momento, la consideración de que ese momento ya ha pasado nos relaja y regocija.

6.3. La síntesis de la experiencia y los complejos psíquicos

A) La experiencia

Estimativa y memoria son las últimas facultades sensoriales (en el sentido amplio de este término) por medio de las cuales se procesa el dato sensible. De la colaboración entre estas dos potencias resulta la “experiencia” (en griego, *empeiría*; en latín, *experimentum*).

La palabra experiencia tiene varios significados, también en el lenguaje psicológico. Uno de ellos es el del contacto directo, inmediato, con una realidad particular. En este sentido, tocar u oler, son experiencias. También tenemos la

captación inmediata de los propios actos (sentir que siento, entender que entiendo), que son una forma de experiencia de sí. También se llama experiencia o *vivencia* a la percepción actual de un objeto, o de un conjunto de objetos, a los que *actualmente* se atiende (más allá de que su conocimiento sea mediado subjetivamente por imágenes y valoraciones). Finalmente, otro sentido de experiencia es el del *conjunto de recuerdos* sobre algún objeto, conservado en la memoria. Éste es el sentido que nos interesa aquí. Así se habla de un hombre con experiencia de vida, de un cazador experimentado o de un cirujano experto.

Esta experiencia es el resultado de una síntesis de recuerdos. No se habla de experiencia para referirse a un único recuerdo aislado, sino a un complejo de recuerdos referidos a un mismo objeto y asociados entre sí. Esta asociación puede dar lugar a una especie de esquema *intencional* (no meramente formal), que de algún modo sintetice el conjunto de valores vitales asociados a ese objeto. No se trata de una abstracción perfecta, en el sentido en que el intelecto abstrae la semejanza universal de una cosa, aunque, como ya hemos dicho, a medida que subimos en el orden de las operaciones psíquicas, más inmaterialidad encontramos. Sino de algo así como un esquema valorativo particular, simplificado de detalles, que permite la adaptación al entorno a través de acciones adecuadas. No es un conocimiento de la esencia de las cosas, sino de su valor vital, un valor transportable de algún modo a varios casos particulares, que responden al esquema, aunque no sea verdaderamente universal. Éste es el máximo nivel de elaboración psíquica del que podría eventualmente ser capaz un animal (no todo animal, en verdad, sino tal vez algunos animales superiores, que son aquellos capaces de aprender, como se ha visto).

En el hombre, esta experiencia es el punto de partida de la universalización que es propia del entendimiento, además de ser el punto de referencia concreto de la ciencia, la técnica y la prudencia. Cuando nos ocupemos del lenguaje, veremos que las palabras humanas, que son signos de los conceptos universales del entendimiento, también tienen en esta dimensión uno de sus aspectos integrales, pues el lenguaje humano, en su nivel sensible interior, no es sólo una mera imagen (sonora o visual), sino que sintetiza también algo de orden intencional. Por eso, no sólo no podemos pensar sin

ningún tipo de imagen ni intención, sino que, el adulto normal de nuestra cultura, piensa apoyándose en el lenguaje.

Por otro lado, así como hemos explicado que nuestras inclinaciones afectivas influyen sobre las valoraciones particulares de la estimativa, y también sobre el recuerdo (por cuanto el interés juega un papel importante en él), de modo semejante, juega también un papel importante en la constitución de la experiencia. Ésta no es el mero resultado pasivo de la acumulación de recuerdos, sino que puede ser dirigida, no sólo por la razón, sino también por la emoción. De nuevo, el equilibrio emocional lleva a la constitución de una experiencia fiel a la realidad, mientras que la vida emocional inmadura, caprichosa, viciosa o patológica, conduce a una experiencia desviada, no respetuosa del ser de las cosas (Echavarría, 2005, p. 147-148 y 311-318).

B) Sentidos intencionales e inconsciente

Muchas de las operaciones atribuidas por la psicología profunda (en particular por el psicoanálisis) a un sector inconsciente de la psique, se deben reconducir a la operación de los sentidos intencionales, que son los coordinadores de toda la vida sensitiva, tanto a nivel cognoscitivo como a nivel apetitivo. Aunque en el ser humano la actividad de estas facultades no se ordene meramente a la supervivencia y adaptación, sino al ejercicio cognoscitivo y apetitivo de facultades más altas (inteligencia y voluntad), sin embargo, cada nivel, aun estando relacionado con el anterior, tiene su relativa autonomía. Por ello, tanto por motivos patológicos, como en algunas situaciones normales, pueden funcionar en modo relativamente independiente e, incluso, entrar en conflicto.

Una valoración instintiva se puede disparar automáticamente, sin que la persona lo quiera (con su voluntad racional), y hacerla sentir mal. Por ejemplo, una persona casada puede, ante la vista de una persona incitante del sexo opuesto, sentir una inclinación de deseo, que no *procede* de su razón, sino que más bien *precede* su juicio propio. Y por eso, después de sentido, rechazarlo con su voluntad, tras el juicio adverso de la razón. O, por el contrario, rechazar su modo de pensar anterior y modificarlo para actuar según la atracción actual (“caer en la tentación”). Esto es lo que los moralistas clásicos llamaban “primeros movimientos de la sensualidad”, es decir, actos del apetito sensitivo

(emociones) activadas por un juicio de estimación particular previo al juicio racional y, por lo tanto, involuntario. He puesto este ejemplo, por ser fácilmente comprensible, pero lo mismo se podría decir de otros movimientos emocionales, como envidias y celos, ira, odio, tristeza, temor, angustia, etc.

Esto también puede suceder en algunos casos patológicos, como en los trastornos obsesivo-compulsivos. En esta patología, la persona padece “pensamientos” que la inclinan, e incluso la obligan, a actuar de una manera que, racionalmente, carece de sentido (como lavarse 30 veces por hora las manos), o incluso que considera reprobable (lo que sucede, por ejemplo, en ludopatías o adicciones al sexo, por ejemplo).

La experiencia (*experimentum*), de la que venimos de hablar en el apartado anterior, por otro lado, si bien al ser el puente entre la organización sensitiva de los datos y las operaciones intelectivas, es consciente, lo es en la medida en que provee a la inteligencia de su objeto propio, que ésta abstrae de la experiencia. Pero ésta, por otra parte, puede tener una serie de aspectos sobre los que la inteligencia nunca ha reflexionado y que le resultan ajenos; en suma, de los que es inconsciente (o de los que *somos* inconscientes *a nivel intelectual*), y que afectan la vida diaria, a veces de modo importante.

Por ejemplo, el “complejo” (como lo llaman los psicoanalistas) experimental de “padre”, contiene un conjunto de referencias de valor que hemos ido aprendiendo por la experiencia de convivencia con nuestro padre, y, en menor medida, de otros padres que hemos visto en acción. Una mala experiencia con nuestro padre, puede llevar a que la paternidad, e incluso la masculinidad, así como otras realidades asociadas a ellas (la autoridad, el derecho y la ley, etc., y hasta Dios “Padre”), tengan para nosotros una resonancia afectiva negativa (nos causen un rechazo casi instintivo, nos den temor, nos entristezcan, etc.). De aquí proceden problemas como los trastornos de identidad sexual, la rebelión a toda autoridad, etc. Los psicoanalistas detectaron la existencia de esta realidad (Freud, 1910, p. 27), pero la interpretaron desde una concepción mecanicista de la psique y con total desconocimiento de los procesos mentales superiores del ser humano. Hay que recordar que “complejo” no es una palabra necesariamente negativa, aunque pueda haber complejos anormales y desarmónicos. Significa lo mismo que “conjunto”, en este caso, conjunto de recuerdos, “experiencia”, que no

necesariamente es consciente a nivel intelectual. Por eso podemos progresar en el auto-conocimiento.

Podríamos mencionar cientos de estos complejos de experiencias, que además tienen vinculaciones entre sí: el de madre, el de hermano, el de hijo, el de amigo, el de rival, el de varón, el de mujer, etc., etc. Entre ellos, tenemos el del conjunto de imágenes y relaciones intencionales referidos a nosotros mismos, que forma parte de lo que se suele llamar el “autoconcepto”. Aunque, ciertamente, el autoconcepto incluye más que esto. Ya hemos visto que, por debajo del nivel de los sentidos intencionales tenemos el “esquema corporal”. Y por encima del nivel de las intenciones particulares, tenemos el de las intenciones universales, es decir el de los conceptos y juicios universales. En todo caso, en el meollo de todo esto, están también las valoraciones particulares sobre nosotros mismos, que se pueden sintetizar en un complejo experimental, y que puede ejercer un efecto sobre nuestra conducta que nos pase desapercibido.

Muchas de nuestras actitudes ante las cosas, situaciones y personas, dependen de valoraciones particulares sobre las que nunca hemos reflexionado. Nuestra postura corporal, nuestro tono y timbre de voz, el mirar o no a los ojos, nuestros *tícs* cotidianos, nuestro estado de ánimo general, dependen muchas veces de estos factores pre-rationales. Lo que los psicoterapeutas cognitivos llaman el “lenguaje interior” no consciente, a través del cual guiamos muchas de nuestras acciones sin darnos cuenta, pertenece a este nivel. Influye mucho en nuestra vida que una voz interior nos esté diciendo constantemente que somos tontos, que no servimos, que caemos mal a la gente, que nada tiene solución; o por el contrario, que somos listos, que somos capaces de hacer las cosas, que somos apreciados, etc. A pesar de las apariencias, esto no pertenece al nivel propio de la razón universal, sino de la razón particular.

Sin embargo, no se debe tratar esta relativa autonomía como si fuera absoluta, especialmente en el ser humano normal. A pesar de la diferencia de los niveles, estos están hechos para poder interactuar entre sí con un orden jerárquico. La razón, aun con dificultad, puede tomar conciencia de estos “complejos experimentales”, y puede modificarlos a través de la rectificación de los juicios estimativos, y del cambio de actitud afectiva. Esto lo entenderemos

mejor, al desarrollar los temas que siguen: el de la inteligencia y el de los apetitos.

¹ Es llamativo que este comienzo coincida con el origen de la palabra “persona”, que equivale al griego *prosopon*, cuyo significado originario era “rostro”.